

Las alas del deseo

María Teresa Priego

Por causas ajenas a su voluntad, Lola enmudeció de lo que más importa, y enhabléció de lo que menos pesa. Las palabras se transformaron en una herramienta volátil, descarriada, superflua. Como pájaros de papel. Saltan al aire sin poder agitar las alas. Vuelan corto. Palomas sin mensaje. Tragando aire. Salen de su boca. De las yemas de sus dedos. Sin que logre irse con ellas. Habitarlas. Lola desconfía de sus palabras.

“¿Cuál sería una buena vida para animales incestuosos como nosotros?”¹

Esa es una pregunta. Ni muda. Ni enhablecida. Esa es una pregunta.

“No hay lugar para la huída/ángel del deseo”.²

Esa es una afirmación. Ni muda. Ni enhablecida. Esa es una afirmación.

Memorias de Lola

Fuimos el cuerpo de los orígenes. El cuerpo confundido del clan. Inscrito en el espacio cerrado. En el deseo cerrado. En el cerrado centro de la tierra. Fuimos juntos aquel primer “nosotros”, que definía y regulaba nuestra temblorosa y amurallada relación con el mundo. Fuimos el rostro. Las manos. Los ojos de esos Otros. Acuartelados. Bajo el toque de queda. Fundidos en un mismo apellido. Alimentando una pasión demandante y extraña. La corporeidad común nos abarcaba. Construíamos las secretas lealtades de una vida. Tres generaciones. Rebotando contra las paredes. Los presentes y los ausentes. Los vivos y la memoria. Fundidos. Los vivos reconocen sus memorias. Sólo a veces. Los vivos actúan su memoria desconocida. Muchas veces. Y se teje un presente adolorido, entre pasados convulsos. Quedarse o

¹ Adam Phillips.

² Irene Gruss.

huir. Quedarse huyendo. Huir quedándose. Es posible que existan otras opciones. No se le ocurren a cualquiera.

Los ventanales bordean las columnas del *non plus ultra*. En la calle siempre llueve. Mirábamos hacia afuera. Si sales te mojas. Estábamos adentro. Podíamos actuar nuestras búsquedas afuera. Permanecíamos adentro. Si te quedas también te mojas. La humedad en los trópicos es así. Inevitable. Los muñequitos de la muñeca rusa se repiten. Prohibidos a la diferencia. Por eso son adorables, inofensivos y graciosos. Se repiten y se contienen. El cuerpo de la madre es el cuerpo de la hija. Las referencias de la madre tendrían que ser las de la hija. El cuerpo del padre es el cuerpo del hijo. Las aspiraciones del padre tendrían que ser las aspiraciones del hijo. El cuerpo de la hermana y el hermano no pueden ser el mismo. Un límite callado e innegable. Existe. Son niños y lo saben. “Todos somos Uno”, dicen los Otros. “Pensadores de idénticos pensamientos. Gustosos de los mismos gustos, voluntariosos de las mismas voluntades”. Amén. Los niños de cuerpos antagónicos se constatan en la penumbra: no les está dado repetirse. Se desean en silencio. Saben la diferencia. Se desean en la diferencia.

El cuerpo del hermano se transforma ante su tacto. El de ella también. Se transforma. Ante su tacto. Se separa de los Otros a condición de fundirse entre ellos dos. Es un pacto de piel. No habrá en ningún lugar del mundo otro hombre para ella. No habrá en ningún lugar del mundo otra mujer para él. Sucede. Sin reflexión. Sin explicitarse el pacto. Sucede de una manera en la que se mezclan el dolor y el placer. La desesperación y el placer. El miedo y la necesidad. La prohibición. Después aprenderá que ese coctél se llama “gozo”, y es oscuro. Y que una lo acarrea por décadas como el fardo que arrastra el personaje masculino en *Ese oscuro objeto del deseo*. Después llegarán esas palabras tan civilizatorias, que intentan releer el pasado. Entenderlo. Explicar, porque bastó —tantos años después— una sonrisa que se pareciera a otra, una sonrisa de labios delgados y mandíbulas apretadas, para desatar. La imposible insistencia.

Irrumpe. La belleza inquietante del hermano. Como en las revistas. Los hombres de la realidad no llegan con ese rostro anguloso. Esas cejas oscuras. Sus ojos tan azules. Cabellos castaños. Un cuerpo delgado y largo. Sus amigas se desmayan. Ella también. Ellas en público. La hermana en secreto. Sus amigas le escriben cartitas al hermano y le cocinan pasteles. No son aún ni siquiera adolescentes, pero ella ya se siente como una vampiresa invitada a una kermés de beneficencia. Sus compañeras ignoran lo que ella ya sabe. En la noche. Hay otra dimensión. Donde la realidad no existe. Hay otra

dimensión que se abre a las humedades de la tierra. Y llama al castigo. Pero la tierra tiembla. Pueden vibrarse infinitos. Cuando tiembla la tierra.

Esa muerte lenta de la transgresión. Está hecha de vida. Mejor el cuerpo del hermano que el cuerpo metafórico de Cristo. Mejor la belleza del cuerpo transformado en el placer. Desear al hermano mayor. Comulgar y leer novelas. Espiar al hermano mayor en la bañera. Fingir que no sabe. Cuando se enjabona. Que es espiada por él. Reclinarse en el confesionario, sin obsesión por el detalle. Sumergirse en la máquina Olivetti lettera a escribir una historia. La escritura. Y el erotismo. Se parecen. "La niña aprende mecanografía". Es tan correcta. Tan estudiosa. Tan devota la niña.

"Niño y niña. Qué suerte. Ya tienes la parejita", dicen. "La parejita". Con esa sangre compartida. No está bien. Buscarse. Y menos aún. Encontrarse como se encuentran. ¿Y si un día temblara la tierra así, en un lugar que no es este? "La parejita" son dos hermanitos invitados a llevar las colas de las novias y de las reinas de los festejos. Hacen la primera comunión juntos. Él va de traje oscuro y corbata. Ella de vestido blanco y velo. Juntos incursionan en el "cuerpo de Cristo". Sin masticar. "La parejita" se confiesa relativamente. Se relaciona en el exterior. Relativamente. Se enamoran de "extraños". Relativamente.

¿A qué hora transgreden? ¿Cuándo se deslizan hacia los otros? ¿O cuándo se deslizan la Una con el Otro? No son preguntas que se resuelvan rápido. Ni fácil. En el discurso, la traición tendría que darse hacia adentro. Pero los discursos son platos que se sirven fríos. Desangelados y tarde. Para cuando una se entera de los ideales de la salud mental. Ya se enredó como en una liana. Ya se empantanó, como en un pantano. Ya se trenzó, como en una trenza. En ese más allá. Absoluto. Como nunca nada más podrá ser absoluto. Del deseo sexual de los orígenes.

Sabe entonces que la pasión existe. Sabe que existe con todo el cuerpo. Que algún día tendrá que volcarse en un cuerpo que vive más allá del umbral. Pero aquella pasión. Será esta. Esa piel. Será esta. El deseo crece alrededor del ombligo. El deseo rebota entre las cuatro paredes de los orígenes. Es probable que nazca así para cada uno. Ellos no tuvieron la posibilidad de negarlo. "¿Crees que te dañaron nuestros juegos de infancia?", preguntó él. Ya en la universidad. "Sí", dijo ella, "Me marcaron". Como un tatuaje invisible. "Creo que sí". No le regresó la pregunta. No quiso saber. Nunca más volvieron al tema. Ella lo miraba vivir y supo. Que a él también. Lo marcaron.

Comenzaron a repelerse. A huirse. No pudo con ese dolor de mirarlo. Dañar a otras dañándose. Como si se vengara de algo. "Ese no es el cami-

no", le hubiera gustado decirle. "No digas que la traidora es ella. La que viene de afuera. No le inventes ese guión repetido cada vez. La traidora fui yo. Fuimos nosotras. Allá. En el castillo bordeado por las columnas del *non plus ultra*. Te prometimos tanto y te abandonamos. Tenemos que curarnos, traicionándonos entre nosotros. Tenemos que curarnos amando afuera". Sucedió. Y a diferencia de otros, mucho más desmemoriados, y afortunados quizá, ellos no tuvieron la posibilidad de negarlo.

Lola se torna catatónica

Lola deshoja una margarita por vía oral. A sorbitos prudentes. En la penumbra. Así se encontró viviendo. A sorbitos prudentes. Languideciendo y tomando el sol desde un imaginario invernadero, como personaje tuberculoso de *La montaña mágica*. "Convalezco", que se dice. Nada como creer que una logra percibir y hasta descifrar sus pantanos interiores. La "conciencia de una misma" es una certidumbre muy práctica. Ofrece sosiego y bienestar. No en balde el best-seller de autoayuda es una empresa boyante. Ya no está permitido patear en piscinas existenciales de chicle motita, alegando ignorancia. Freud perora al alcance de las neuronas más volátiles y los inconscientes más desfavorecidos. Lola es, pues, una mujer de su tiempo. Terapeada y buceadora. Creyente comprometida del *selfhelp*. En más de un circuito.

"¿Pero y a ti qué coño te pasa?" pregunta La voz, desde su conocida intemperancia. "¿A mí?", responde la hipócrita de Lola, mirando alrededor como si las presentes fueran varias. "Yo convalezco de una brusca ruptura simbólica con los Otros". Luego suspiró. Estaba orgullosa del tono controlado y chic de su frase. "Pues rompámosles la madre de uno en uno, para que te recuperes más pronto", dice La Voz. "¿A quiénes, perdón?", dice Lola. "A como se pongan me pongo", dijo La voz. "Se me derrumbaron en la cabeza las columnas del *non plus ultra*. El tótem. El tabú. Los mensajes edificantes del chocolatote express. El ideal del yo. La parsimonia. La gomina. El recato. El fisco. En fin: el Orden y el Progreso de las Instituciones. Háblenme despacito. "Si me agitan me congestiono", continuó Lola, ya súper inspirada en la veta sanguinolienta de sus desgracias. "Qué raro hablan las mal cogidas", dijo La voz.

El invernadero no da a las nieves, sino hacia el mar. No es un problema menor. Las olas que lamen la arena húmeda. Las lenguas que se lamen y desatan olas, sobre la piel húmeda. No es un problema menor que la vida siga y llame. Su cuerpo húmedo debajo de la regadera. Cubierto por gotas como de lluvia. Lola desearía aprehenderlo casi con lupa. Sin querer ser indiscreta. Meterse bajo la lluvia y hablarle en lenguas. Solicitar que le mar-

que rotundos chupetes en la piel. Para que a ella no se le olvide, su obtusa pretensión de que ya lo vio todo. Lo sintió. Lo deseó todo. De que no lo necesita a él. Porque así, no necesita a nadie. “¿Y si este encanto aparente se vuelve loco de súbito pronto?”, piensa Lola. “¿Y si este adorable tetómano esconde un asesino en serie? ¿El militante más cruel de una secta narco satánica? ¿Una bailarina de la danza del vientre? ¿El espía ruso?” “*No seas megalómana Loliux*”, dijo La voz. “*Déjate ir. Las catástrofes —por el momento— están todas ocupadas*”.

“Ninguna novedad en el frente”. Se escribe Lola a sí misma al día siguiente. Tan tristemente victoriosa de haberse resistido. De no ser ni de lágrima, ni del piel pronta. Tan orgullosa de ganar perdiendo. La pobre. Reivindicando las nieves y negando los trópicos. Reivindicando el desierto y negando la lluvia. Con su imaginaria blusita almidonada. Su colita de caballo embarrada con dipitido. Apretando los muslos para que no se cuele nada. Apretando los dientes para que no se cuele nada. Traicionando a los lirios de los pantanos. A los zaraguatos A los lagartos. A las pirámides más sagradas. Mustia e inverosímil como señorita de Cotija, Michoacán. “Quiero para mí ese juguetito que cambia de tamaño”, piensa Lola. “*Pues desocupa tu manecita, la que sostiene al silicio, ¿o por qué no, la que desgrana el rosario?*”, que le dice La voz. Lol permaneció inmóvil. Rememorando la fórmula del sodio y del potasio. A esa sección entusiasmada de sí misma no la escucha demasiado. La clausuró. Como a una habitación en la que — a veces— se escuchan voces.

“*Eres una hipócrita*”. Le dice La voz. *Una mustia. Cuando hablas. Cuando miras. Cuando deseas. ¿Pero deseas? Cuando escribes. Por eso escribes recetas de cocina y poemas que te copias. Vas a terminar hablando como las frases en los calendarios. “Qui va piano va sano”, “Al que a buen árbol se arrima, le amanece más temprano”. “No es lo mismo la libertad que el libertinaje”. “Eres lo máximo. No cambies”. ¿Cuál será la ventaja de no pensar? “No todo en la vida son acostaderos y escribideros”, suspiró Loliux. “No todo sucede en el escritorio y en la cama”. “Es verdad”, dijo La voz. “Una también tiene que vivir lo que va a estallar en el escritorio y en la cama. Es el derecho a traspasar los límites. La dimensión otra. El más allá de la realidad. El imaginario. El deseo. La libertad y el amor del escribidero. El amor y la libertad del acostadero.” “Personas muy respetables se abstienen con resultados muy satisfactorios”, dijo Lola. “Es verdad”, respondió La voz. “Pero nuestro plumaje no es de esos”.*

“Quizá quiero aprehender una nueva manera de pensar”, explicó Lola. Va sabiendo cuál es de a poquitos. Con una desesperante lentitud. Podría

hasta explicarla con circunstancias muy domésticas. Por ejemplo: la felicidad de las plantas y la bomba manual de agua. Tratándose de las plantas preferidas —las de elección— no basta con vaciar una vasija de agua y constatar que la tierra está húmeda, decir “Ya cumplí”, mientras se pasa frívolamente y vasija en mano, hacia la siguiente maceta del corredor. No. Detenerse y observar. No sólo de agua indiscriminadamente vertida vive la planta. Es indispensable una botella de plástico con rociador. Para humedecer hoja por hoja. No se vale pensar frases insulsas como “No hay tiempo”. Sí hay. Siempre tiene que haber tiempo para entender el tamaño y el color de cada hoja. Su relación con la humedad. Su manera de dejarse ir en el espacio. Su vinculación con el sol. No hay un solo modo de ser planta. Ni un solo modo de ser hoja.

Ningún pensamiento en bloque sería útil en el vínculo con las singularidades del mundo vegetal. Ningún pensamiento de bloque es útil en ningún tipo de vínculo. Pero singularizar es extremadamente demandante. Complejo y riesgoso. “No hay tiempo para escuchar”. Significa en realidad “¿Y qué hago yo si te reconozco único? ¿Qué hago yo conmigo si te necesito? ¿Qué hago si acepto que nadie habla igual que tú? Ni piensa igual y con las mismas palabras. Que nadie tiene esos lunares en esa exacta zona de la piel. ¿Qué hago yo si nadie más que tú huele a ti?”.

La vida es breve. La confusión es larga. Lo aquejaba una “vaga inquietud”, decía Mishima. Tan pudoroso. Él si se hizo un harakiri de a de veras. Espectacular. También escribía a como escribía, claro está. “He allí un hombre coherente”, pensó Lola. Quien tiene horror de los extremos. Lo que no impide que a sus horas se vea obligada a reconocer a algunos. En su deslumbrante magnificencia. La mayoría de las personas nos enterramos agujas a veces. Más frecuentes. De a tiro por viaje. Hasta capoteras y hasta de tejer. Para maltrecharnos cotidianamente. Sin fines más gloriosos que el pago a plazos de las culpas y sus pánicos concomitantes. La tiendita de raya de los “pecadores ordinarios”. Si la deuda es de tamañote cadena de almacenes, te trastocas “hasta el infinito y más allá” y te llevan a la Castañeda. Caída libre sin límite de tiempo. No es la mejor solución. Pero hemos visto que pasa, cuando lo que pareciera inhabitable se convierte en lo único que queda por habitar.

Sino una se las arregla para negociar penurias y bienestares, derechos y contraderechos. Y ser feliz. Siempre sin abusar. He allí la manera de beberse el Margarita a sorbitos amanerados. “Pero, comadre, ¿qué quieres que te pase en el today world, nada más porque narres que soñabas con cuchiplancharte a tu her-

*mano in the very past? ¿O a tu papi? ¿O a tu entero árbol genealógico? ¿Crees que te retiren la palabra las monjitas de tu infancia? ¿Alguna no soñó esos acercamientos endotrópicos? Es probable que sobre todo lo hayan soñado las pre-monjitas. De allí el llamado imperioso del señor. Pero en el caso de las civiles, un poco de coherencia por piedad. No puede andar una mercadeando las culpas a la mera conveniencia: las verdaderas traumatizadas son anorgásmicas”, La voz se explayó. Pero Lola repitió su verdad profunda: tiene miedo de sufrir con/por las palabras. “Estoy poseída por el ángel del *comme il faut*”, que se dice. Lo que termina siendo una forma de anorgasmia. “Que no extermina las letras, nada más las controla, para que puedas escribir puras pendejadas bien decibles”, dice La voz. “Qué papelón”.*

Para peor la ocupa el ángel de un *comme il faut* escurridizo, mediocre y cariacontecido, porque como Lola bien sabe en medio de sus empecinados esfuerzos: El *il faut* (deber) se convierte en *faux* (falso). A una increíble velocidad. “Pero Lolette, si a ti esa noción compungida del deber ni siquiera se te da. No eres correcta y propia, eres una naca. No eres sociable, eres una mutista. No perteneces a la ciudad de acogida, eres mutante. No quieres “ser útil a la sociedad” quieres ser una vaga, que toma el sol a las doce del día en la placita de Coyoacán”, casi aulló La voz desesperada.

“Es verdad. Quiero tirarme al sol. Quiero desprenderme de la indignidad. Quiero escuchar. Quiero entender. Quiero pensar que se puede ser honesta, y que la honestidad tiene un sentido. Quiero saber a ciencia a qué sabe cada milímetro de la piel del hombre que me gusta. Quiero saber por qué una gota de agua nunca es idéntica a la anterior y en qué consiste la diferencia. Quiero ser capaz de habitar el presente. Con minuciosidad. Y si pudiera narrarlo, con minuciosidad, eso también me gustaría.”. “¿Ves?” dijo La voz. “Ningún asesino en serie va a venir por ti. Están ocupados en personalidades más agitadas”.

“El problema de mi pasado más remoto”, reflexiona Lola, “es que nunca fue presente. Vengo de una infancia sin presente. De una cotidianidad de ansiedades desparramadas.”. “Qué destiempada”, dijo La voz. “Tú sabes que era triste, aunque no sepa cómo decirlo”. Esa trituradora cotidiana de esperanzas infantiles y adolescentes no podía ser la vida. Ese planeta anegado. No podía ser la vida. Vivían entonces en un más acá de la “verdadera vida”. Un preámbulo purgatorial y prolongado. Se trataba de que el sol no saliera, aunque estuviera brillando. Aunque te tostara la piel y te reventara los ojos. Se trataba de chapotear en los pantanos. Aunque abundaran los puentes para atravesarlos.

¿Pero existían en la realidad los pantanos? ¿Eran tan insalvables? ¿O se fraguaban en el imaginario, como las torturas en la carne de la abuela? “Padece neurastenia”. Como las hipnóticas melancolías en la carne de la madre. No se cura la neurastenia. Se padece. En público. Es interactiva. Arrastra vertiginosamente a su público. La abuela la padecía. La madre tenía muchísimo miedo. De la degradación. Del contagio. Se encerraba en su cuarto con llave. El mal se azotaba contra su puerta. “El mal del siglo”, dijo el médico solemne de Mérida, Yucatán.

Luego Lola entendió que allá en su pueblo remoto, les había llegado una moda parisina súper chic, aunque ligeramente tardía. Normal, las desgracias como las sedas y las cremas llegaban por barco. Es tardado. Después fue hasta la Salpetriere para mirar de cerca los sacrosantos lugares de la convulsión y el espasmo. Como quien va a la Meca. Después leyó que las histéricas pueden ser personajes inspiradores y fascinantes. Rodeadas de condes y brocados como Sara Bernhardt. Muchos libros hacen sus loas: el sufrimiento en su versión más delicada y poética. Tan imaginativas. Tan seductoras. Se obsesionan con la piel las histéricas de los grandes escenarios. No las que ella conoció, lo de ellas era más bien la carnicería. La vulgaridad de una versión vernácula. A cuarenta grados bajo el rato del sol.

A pesar de los a pesares, si los niños se atenían a la exposición pirotécnica de los ideales, su existencia de criaturas amadas —inalienable derecho discursivo— estaba a punto de comenzar. “Seguro habráaaaa soool mañana”, como en la canción de Anita la huerfanita. Es tan tierna. Un día. Él —el padre— no va a estar ausente. Silencioso. Ajeno. Como ahora. Deja en la mesa su cuerpo. Perturbadoramente presente. Mientras el resto de su solicitada persona viaja por paisajes más benignos. Sin madonna displacente y niños hambrientos. Un día. Ella —la madre— no va a llorar más. Se deprimía durísimo. No. Sería como nombrar un estado esporádico. Existía en ese trasfondo de la depresión. Más ligera, más honda, hondísima. Según las ráfagas que la alcanzaran. Según los personajes imaginarios que le llegaran de visita. Las catacumbas se abrían intempestivamente, y en el llanto o en los gritos, la madre bajaba.

A veces sucedían contratiempos importantes, y entonces los niños suspiraban aliviados: por esta vez no era el mal. Había problemas en la realidad. Extrañamente, en esos periodos la madre llegaba hasta el punto de parecer animosa. Se angustiaba menos. Si “algo” estaba sucediendo en la realidad, entonces, al menos por unas horas. El mal no era el mal. “¿Por qué vivía deprimida?”, inquirió La voz. “No lo sé. Supongo que la vida de una

musa de completudes es muy injusta. Nadie la comprendía. Nadie la amaba lo suficiente, esa era su desgracia. Darlo todo, a toda hora y de la más exquisita calidad, y recibir a cambio la ingratitud del mundo. Vivía estafada. No sé, sus hijos nunca entendimos bien sus cuentas” “¿No podrías hablarlo sin sarcasmo?”. “No, no podría”.

A Lola le tomó siglos entender el mecanismo de esa infelicidad cruel. Incrustada. Le costó sobre todo entender que era vitalicia, que la madre era incapaz de acotar, y que la imposibilidad de acotar es la verdadera desgracia. Tampoco era capaz de sentirse agradecida. Ni contenta. Ni empática. La empatía toma tiempo, y la madre estaba muy ocupada. A la madre no le bastaba con que su marido y sus hijos la quisieran en la realidad, para sentirse querida. No le bastó nunca. Para la madre nunca se trató de entender que los otros la amaban —como sucede— privilegiando lo que sí estaba, de lo que no. Este reconocimiento “acotado” la hacía sufrir, era una prueba de la mezquindad y el desamor de su entorno. Su público tenía que amarla, no a pesar y con sus limitaciones, sino exactamente porque ella no tenía limitaciones. No a pesar de lo que no tenía, sino porque no había nada que ella no tuviera.

La demanda de la madre estaba hecha de condiciones dolorosas e imposibles. No podía conformarse con menos. “Era muy laborioso inventarla, aunque ella nos explicitaba sus virtudes de predilección: la eficacia, su elegancia, su decencia, su belleza, su maternidad sublime, su reputación impoluta. Lo dificultoso es que su talentomanía abarcaba todos los temas”. “Creo que exageras”, dijo La Voz. “Te puedo asegurar que no. Pero es cierto, que aún no puedo permitirme el tono que nos corresponde. La ironía es menos complicada. Aproxima y distancia.”

Quizá no fue su culpa. Creció en una trampa. Sin negociaciones, ni puntos intermedios: o encarnaba el objeto absoluto del deseo de los otros o era una mujer negada. “Sólo los perfectos merecen ser amados”, dijo La voz. “Si. Así le explicaron la vida. Sólo ellos”. Apenas el absoluto no respondía, su imagen de grandiosidad se abollaba, y apenas su imagen se abollaba, escuchaba los pasos de desamor. Sus mecanismos de supervivencia la hacían suponer que los demás tenían que mirarla mucho a ella. Casi de tiempo completo. Y mirarse muy poquito a ellos mismos. No le parecía ni absurdo, ni desproporcionado. No se daba cuenta. Para ser una mujer decente, necesitaba una hija indecente, para ser bella, necesitaba una hija fea. Para sostener que había sido la estrella más fulgurante de su escuela, necesitaba una hija idiota. No había espacio para las dos.

“Bastaba que dijera que ella era una señora muy respetada en la sociedad, para que en el segundo se me cayera encima el rol de la paria”, “¿Y tú qué hacías?”. “Me alisaba complaciente como la superficie de un espejo. Después la odié. Luego la perdoné. Luego la volví a odiar. Hice declaraciones rimbombantes como “No soy una pieza de utilería”. Me excedí. Ella necesitaba actores para sus guiones, no objetos inanimados. El punto es que amanecía engullida por el pánico a la oscuridad, tenía que colocarla en alguien de inmediato, para que la luz le tocara a ella. *El problema de lo que nos hizo a nosotros, fue la crueldad de lo que le hicieron a ella*”. “Entonces se quedó desprotegida para siempre. Mirando hacia atrás, Suplicando la mirada que no fue. Con sus dientitos salidos. Sólo los perfectos merecen ser amados”. “Sí. Sólo ellos”.

“Pero entre tus hermanos y tú. No era igual. Cada actor cumplía una función distinta. El cuerpo confundido con el suyo. Esa era tu función. La que tenía que atraerle espectadores. Esa era tu función”. “La función era distinta. Es verdad. Nos hundía. Queríamos salvarla. Cada uno desde su guión asignado. Que fuera feliz, a veces. Pero lo de su público masculino es cierto. Ella tenía su hombre suyo, pero esperaba ansiosa que otro tocara a nuestra puerta. Lo esperaba. Ávida y furiosa. Lo exigía y se aterraba. Éramos una familia muy decente. Me lo repetía a cada rato, pero sus telarañas rogaban por un escándalo, imaginaba las peores concupiscencias. Me arrojaba al arroyo. Me pepenaba del arroyo. En mi vida de adolescente no pasaba gran cosa, pero sus imaginarios de honores malbaratados en zonas rojas estridentes y hoteles de paso, nos mantuvieron en vínculos muy tortuosos e intensos”. “Se deprimía menos”. “Cuando nos odiábamos se deprimía menos. Pero teníamos miedo. De nuestro cuerpo confundido. De mi feminidad al servicio de la suya. De mi obediencia posible. De su deseo de ocupar el lugar de su hija. Imponer la prohibición. Gozar a oscuras la trasgresión. Era una contradicción desgarradora. Para las dos”.

Lo más lustroso del curriculum de la madre era —según sus palabras— “ser una dama ‘sin pasado’, de la que nadie jamás había hablado mal”. “¿Y qué ya los escuchaste a todititos?” hubiera querido preguntar Lola, pero se abstenía. Porque preguntar es acotar. Y acotar es una puñalada traperera. La dama que les cuento estaba consciente —y cargaba su fardo con dignidad— de que ningún muchacho en su sano juicio y con intenciones encomiables, vendría a tocar a la puerta para conversar con la descolocada de su hija. Nadie vendría por las palabras de la hija. El cuerpo. Nada más. “¿Y tú en qué pululabas?” “Trataba desesperadamente de ser inteligente. Comencé muy tímidamente a merecerme un ‘pasado’ que sí fuera mío. Creo que el meollo

del asunto entre ella y yo, es que yo era la heredera de ese 'pasado' tenebroso, que ella no había vivido. Toda una misión". *"Pero estaba lo de tu hermano. La pasión, quiero decir"*. "Sí. Lo de mi hermano. Quizá por esa culpa antigua, que ella no sabía, estuve tan dispuesta a ir y venir del arroyo en sus palabras. A dejarme castigar. Quizá por eso la entendía un poco. Son muy amenazantes los fantasmas. Siempre es más práctico que los cargue la otra". *"Pero era una 'otra' muy joven"*. "Sí, a veces, me quebraba cargarlos".

"¿Y qué hacía con los hombres que traías?" "Además de atribuirles las intenciones más lúbricas y altisonantes hacia mi cosificada persona. Nada. ¿Qué hubiera podido hacer una mujer casada para toda la vida, con el hombre de su hija? El narciso es inmediateista. Son minutos de escenario y reflectores. Se hacía admirar. Tal vez sólo importaba poderse decir: 'Mira, soy tan absolutamente excepcional que te desaparezco, incluido justo allí, donde supondríamos que vienen por ti. Plop. Me mandaba a la zona fantasma. Quizá esa noche dormía un poco mejor. No creo que ni siquiera muchas noches, porque la magnificencia se desgasta rápido."

"La mirada de la hija tenía que estar dirigida a la madre, antes que a cualquier otra persona. La mirada de cualquier otra persona tenía que estar dirigida a la madre, antes que a la hija. Se trataba de que la hija le atrajera las miradas. No de que pretendiera quedárselas." *"¿No, verdad? ¡quedárselas! Que ojeta. Que desamorada"*. "O elegida, o excluida ¿cómo actuarías tú, si ni por un segundo se te ocurriera otra opción? Es alucinante, pero no se le ocurría." *"¿Le rompería la madre a mi hija?"* "Tal vez se te olvida que es tu hija". *"¿Y tú te vengabas?"*. "Feroz y miserable. La niña de los ojos del padre. Una sola puñalada. Pero bien colocada y de larga duración". *"Suenas siniestramente gozosa"*. "No tengas la menor duda. Esa mirada me salvó".

"Pero tampoco es tan ingenuo, ni tan gratuito, quiero decir, tus sufrideros con tu mamá. Te habrás sentido el entero Ejército de Salvación, en tu papel de redentora de los deprimidos". "Pues sí. Justo el elemento de felicidad indispensable para transformar a la madre congelada, en un hervidero de pasiones. Nenita poderosa. Nenita chingoncita". *"Tú traías justo lo que hacía falta. La que despachaba a todos en tu imaginario tristísimo eras tu Lola. Al padre. A tus hermanitos. Al cura. A las damas voluntarias de la Cruz Roja. Al entero club de bingo. La hija más perseguida, era la hija predilecta"*. "Así de retorcido fue nuestro amor".

Era una iluminación cuando la madre, por fin, sonreía. Como si se abriera una puerta hacia la felicidad. Podían estar juntas. Quererse. A partir de ese segundo, tal vez comenzarían a ser buenas, la una con la otra. *"Hasta el próximo despeñadero"*, dijo La voz. "Sí, pero cuando tu mamá se conmueve un rato a tu lado, no piensas en el próximo despeñadero. Lo que estás viviendo no son

unos minutos de excepción, sino el principio del orgasmo absoluto y eterno". *"A mí me late que no podía quererte"*. "Es probable que no. Pero la esperanza tiene sus bemoles. Entonces me digo: tal vez no me quiso casi nunca, pero tal vez logró quererme algunas veces. O tal vez no logró quererme nunca, pero algunas veces quiso quererme, qué se yo, alimentó la intención. Le pareció una buena idea. Ya era bastante. O tal vez no me quiso nunca, ni se le daba la gana quererme. Ese es el escenario más desmadrado".

"Hay cosas que yo sé y tú no". "¿Como qué?". "Como la rabia, el odio, la enfermedad que yo le provocho. No lo puede controlar. Se la provocho. Como esa compulsión de revisarme los cajones y leer mis cartas en la adolescencia. Debe de haber sufrido cuando lo hacía. Arañando hasta el fondo del cajón para encontrar las pruebas de mi conducta ligera. Es curioso. Era como una mujer en plena crisis de celos acechando a un marido infiel. Qué obscenidad, ahora que lo pienso. Cuando salía me esperaba despierta en pijamas en la sala de la casa. Espiando por las ventanas. Deseando seguramente que llegara diez minutos tarde para volcarse toda ella en el escándalo".

"¿Toda ella?". "Qué horror el desplazamiento. Siempre pensé que me había tocado —en su imaginario— interpretar el papel de la gozadora a la que había que castigar. Pero a la mejor y es más siniestro, yo tomaba el lugar del marido infiel. Uno al que a diferencia del otro, sí podía enfrentar, y al que sí podía darle de gritos". *"Puedes haber sido el marido infiel, y también la hija gozadora, y ¿quizá la amante gozadora del marido infiel? El meollo del asunto es que ella aullaba porque en su cabecita desmelenada, todos gozaban menos ella"*.

De sus ruinas circulares

"En fin que la esperanza estaba. Un día nos van a mirar. Nos van a querer. Van a escuchar que tenemos miedo. Que estamos solos. Que los necesitamos. Y si nada de eso pasa. Un día vamos a ser mayores y nos vamos a largar. De todas maneras (y esto es lo que costaba más trabajo confesarse) hace rato que ya nos largaron. Es de noche. Los Otros —como en la película— te observan desde afuera. Están de pie en hilerita. Están vestidos como de antiguos. Es normal. Vienen del pasado". "¿Y qué decían esos Otros?". "Decían que éramos muy felices. Teníamos la obligación. Como reyes de chocolate con narices de cacahuete, que no se dan cuenta de que en vez de pelo. Es patético. No se dan cuenta. Les escurre pura miel artificial". "¿De la de hot cakes?". "De esa que es malísima".

"En resumen vivíamos en un mundo de algodones de azúcar, rodeados de personas muy buenas. Sin sótanos interiores ellos. Inspirados siempre

en los sentimientos más nobles ellos. Cualquiera de nosotros que no se reconociera en ese paisaje de regocijo y bienestar era un ingrato. Patológico. Sin entrañas". "¿Y ustedes qué hacían, criaturas del Mal? además de entregarse desenfrenados a los avatares del incesto", preguntó La voz. "No eres tan chistosa", dijo Lola. "Vivíamos empachados de agradecimiento. Plagados de deudas."

"Las deudas de los orígenes son la verdadera lápida del Pípila", dijo La voz. "Sobre todo cuando son inventadas. Cuando la mentira se impone en verdad. Es muy doloroso y muy confuso. También es como pagar dos veces. Pagas con la tristeza de lo que no tuviste y vuelves a pagar por el imaginario impuesto de que sí lo tuviste. Creo que la peor parte cuando existe un abismo entre el discurso del ideal y la realidad, es que te corroes a diario en la duda de ti misma". "¿Y cómo te fugaste de tu apasionante culebrón?". "Me fui a ciudades. Hasta que una vez pensé que una ciudad era ya —por fin— mi ciudad para siempre. La había elegido desde la infancia. Llegué. Pensé que era tiempo de aprender a presenteizar". "¿Y qué hiciste?". "Me enamoré y tuve un hijo. Escribimos nuestra permanencia en la ciudad". "Hiciste bien", dijo La voz.

"Un hijo. Para amarlo. Para mirarlo a los ojos. Para saber que no es necesario gritar. Ni negar. Ni vivir cobrando. Resarcirme. En su confianza de ser muy amado." "¿Cómo es?". "Lleno de palabras. Es como mi hermano, en su cuerpo". "¿Se lo has dicho? El parecido". "Alguna vez. Quizá. Escribe como su padre. En las familias suceden. Los parecidos. Del lado del padre y del lado de la madre".

Lola acusa de estafa a dos analistas

Lleva años atravesando el fantasma tiradita en un diván. Qué barbaridad. Calculado en horas de marcha, habría zapateado varias veces la distancia del Polo Norte a la Patagonia Austral. Las suelas se gastan de tanta fantasmagoría. Cíclica y deslucida. Ni hablar de las neuronas. Las decadencias del alma. Entiende poco, lo que percibe no le encanta, y lo que ignora ya dejó de intrigarla. "Creo que ni mi inconsciente ni yo somos tan interesantes como suponíamos", suspira. Quince años después. ¡Ánimas del purgatorio! ¿Quince años después?

Cuando comenzó el divaneo, tenía aquella esperanza de aprender un día a "querer sin presentir", como apunta compungido el autor del tango. La impresionaba muchísimo tanta claridad mental. "Ese es el meollo de la vida del primate parlante. Qué filosófico. Qué sabio". Ella en el diván votó por el cambio. Ahora deduce que sabía poco de la vida ese tanguero, puesto

que el “presentimiento” le parecía un avatar tan dramático. Lola ya no “presente” la vaga posibilidad del desastre, está instalada en la certeza de su llegada inminente. Se viste para la cita. Sería un papelón que la desgracia la encontrara despeinada. Desperfumada. En pijamas de franela. Con sus ñoñas calcetitas blancas. “Visto de cerca y si me detengo en este evidente deslizamiento hacia el pesimismo sistemático”, reflexiona, “Sería injusto sostener que no he cambiado”.

Si el desastre te toma desprevenida es difícil protegerse. Si una no se protege ¿cómo proteger a los que una ama? Si una no protege a los que una ama vale madres. *Plim plum plaf*. Lola no supo albergar a sus hermanos entre sus brazos. Cuando la tempestad se desató. No supo albergar a sus hijos entre sus brazos. Cuando la tempestad se desató. Era necesario mucho más de lo que podía. Mucho más de lo que tenía. No tuvo la fuerza. Ni tuvo las palabras. Y en el lugar de aquella herida antigua. En el lugar de esta herida nueva. Lola ya no sabe colocar palabras que sean suyas.

Se le olvidó que tenía que escribir a solas. Se le olvidó que ahora le dan más miedo que antes, los viajes de memoria. Se le olvidó que para intentar escribir un medio párrafo que mínimamente pudiera valer la pena para alguien, es indispensable creer que algún tipo de “verdad” en la escritura vale la pena. “Escribir sin preeeesentiir”.

Los canarios Turandot y Rocamadour (de la familia de los pericáceos) cantan desde su jaula morisca. Se aman. Beben. Comen. Duermen. Se cuchiplanchan. Rodeados de plantitas trenzadas. De semillitas volátiles, que se reproducen a su libre albedrío de una maceta a la otra, en su minúsculo invernadero tropical. “Qué portentosa es la naturaleza”. Que se dice Lola conmovida. “Todo tan ordenadito. Tan lógico. Tan puntual”. Las tortuguitas Matea y Micaela (de la familia de los crustáceos) devoran cadáveres de pececitos de cuencas vacías, y no han terminado de digerir, que ya se enciman la una sobre la otra en una pasión cuya naturaleza aún no ha sido posible dilucidar. Es probable que el techo de un hogar —que no acepta propaganda comunista, abortista, ni de testigos de Jehová— albergue una relación contra natura.

Lola (de la familia de los catatónicos en fuga) colocó a los animalitos junto a su mesa, para languidecer con público. Ante la inhóspita “página en blanco”. ¿El papel reciclado provocará la misma angustia? Viene en tonos de beige. “¿Acaso se puede ir a buscar algún tipo de verdad que sea la mía? ¿Habrà a quien le importe? ¿Quién la comparte?”, lanzó Lola asomada por la ventana. “*Son una hueva tus salmos*”, dijo La voz. “¿Qué tú no escribes para ti misma?”. “¿Para mí misma?” murmuró Lola ¿Y cómo qué me contaría?”.

Lola metafórica y errabunda

“Necesito una ceremonia de transición. Un viaje iniciático”, dijo Loliux (a veces es bien profunda). “¿De transición hacia dónde?”, preguntó La Voz. “No lo sé —respondió— tengo que atravesar un umbral. Si no, corro el riesgo de picarme los ojos por el resto de mi vida”. “Qué incómodo”, dijo La Voz. “*Edipo se los extrajo de una sola y decidida enterrada de uñas. No hubiera pasado a la posteridad, si nada más se los pica. Ni el Alarma lo hubiera mencionado, es más.*” “Pero hasta en el incesto todavía hay clases. No es lo mismo un hermano, que hasta podría ser adoptado, que tu mamá”. “No nos regodeemos en el tema”, dijo La Voz. “Lo que tú necesitas es una definición”. “Ofrécemela. Por favor. Una definición”.

“El drama es que eres una mujer que ama demasiado, y de tanto correr con los lobos —ellos son de Marte y nosotras de Venus— se te oxidó la armadura.” “¿Quién se habrá comido mi queso?”. El hondo suspiro de Lola hizo volar una montaña de hojas de margaritas. “La clave está en unas palabras de Ruy Sánchez: ‘Había oído el vuelo del pájaro que buscaba pero no había sabido distinguirlo’. “*Qué frase tremebunda*”. “La más tremebunda”. “*Dos ‘había’ al hilo son un exceso literario y existencial*”.

Lola busca una definición

Lola está inmersa hasta la nariz, en su bañera. Respira apenas sobre el agua. En el otro extremo de la bañera y de sí misma emergen los dedos de sus pies. Son diez. He allí una certeza absoluta. Por el momento. Mañana será necesaria una confirmación de los datos. La siguiente certeza tiene que ver con los decápodos: “Familia de crustáceos que tienen cinco patas como el cangrejo”. Si algo admira hoy Lola en la vida es la exactitud sin tropiezos, ni dudas metódicas de los diccionarios. Lola amniótica revisó minuciosamente el María Moliner, en busca de certidumbres acumulativas. Sostenía el diccionario con unas manos de dedos muy arrugados, como por sabidurías ancianas. Una se siente en paz con la vida, a condición de estar en el agua. Si se pudiera quedar días sumergida. Inmersa. ¿Para qué arruinarse con un psicoanalista si ni siquiera ofrecen las circunstancias indispensables a la verdadera sanación? “¿Diván? ¿Hamaca? ¿Bañera?” “Bañera doctor, por favor”. “¿Temperatura?” “A como usted la ponga doctor, por favor”. “¿Duración de la sesión?” “Lo que usted me dure doctor, por favor”.

Luego el individuo le aplicaría un inconscientómetro, indispensable para cuantificar la densidad de los túneles interiores. Temáticas a abordar.

Tiempo y posibilidades de curación. “El asunto del incesto ya lo platiqué doctor, con relativa honestidad y marcial donaire. Creo que ese calabozo queda clausurado”. “Los espacios no se clausuran en el inconsciente. Se liberan porciones, como en un disco duro. Reutilizables. ¿Qué incestuosidades tuvo usted a bien comunicar?”. “La de mi hermano doctor”. “¿Nada más?” “¿Me habré quedado corta, doctor?”. “Los pacientes que eligen la bañera suelen padecer de claustrofobia, por sobrepoblación interior clánico-incestuosa”. “¿Existe la opción de la alberca, doctor?”.

“Si mi analista viniera le enseñaría nada más los deditos de mis pies”, piensa Lola, mirando sus pezones. “Soy muy tímida. Desde chiquita mi mamá me lo decía: ‘Lolita no es bueno que te ruborices con tan excesiva frecuencia. Van a pensar que tienes un pasado. Te puede salir muy caro’”. “Nada me ha salido más caro en la vida, que tener un pasado, y narrarlo en capítulos. Que sabia mi mamá”. La mirada errabunda de Lola se detuvo ante un momento cumbre del diccionario: “Ptosis: caída o prolapso de un órgano como consecuencia de una laxitud de los músculos o ligamentos que lo sujetan”. “Soy una ptósica, de corazón y cerebro prolapsados. No necesito más de las invasiones del inconscientómetro. ¿Qué puede hacer una ptósica para no perderse de distinguir ‘el vuelo del pájaro’ que busca?”. “Sacar las orejas de debajo del agua de la bañera”, dijo La Voz.

Lola sí frecuentó a la enferma imaginaria

Esta es la historia de una niña. De una niña colocada en el papel de espectadora. Nadie le pidió su opinión, fue así. La vida la colocó en el regazo de la enferma imaginaria. Ella, “la enferma” es la otra cara de la historia. Se levanta de su cama, no le está permitido hacerse más que una sola pregunta cada mañana, reiterativa. Apasionante: ¿De qué estaré enferma? Es tan encantadora la enferma imaginaria. Tan buena. Lo que pasa es que sufre muchísimo entre tantos males injustos. Llora y se desespera. La niña la observa desde su terror fascinado.

La mujer se levanta de la cama, se dirige al armario, descuelga su cuerpo y se lo pone. La niña comprueba una vez más que a la enferma, su cuerpo siempre le queda grande, o le queda chico, depende de los días, en fin. Nunca es su talla. La niña no puede salirse de la habitación cerrada en la que la acompaña. Sería una traición. Se concentra entonces en un tranvía. Allí viene. Se sube. La niña deja su cuerpo de niña observando la escena, y se sube al imaginario tranvía rumbo al Trastevere. Muchísimos años después escuchará una definición rotunda: “Un neurótico es aquel que es capaz de atravesar-

se con un sable para arañar al que está atrás". Es verdadero y suena fácil. Pero la enferma sufre. Muchísimo. Con un sufrimiento verdadero, que en principio no está en el cuerpo. Pero allí aterriza el sufrimiento. Y termina siendo un gozo de sótanos. Una forma de control y de poder. Muy onerosa.

Concentrados alrededor de ella. Culpables de estar sanos. Culpables de tan sólo imaginar que podrían mirar más de media hora hacia cualquier otro lado, que no sea la omnipotencia de esa carne enferma. La enferma imaginaria administra despedazada y triunfante su casa de empeños. Llegan al hospital. Es internada por tiempo indefinido. Le hacen exámenes. El mal se oculta. La enferma lo persigue. A veces es una aterradora ceguera sin causas aparentes. Una parte del cuerpo paralizada. Una infección misteriosa. Una migraña atroz. La enferma se extiende sobre una cama. El entero "cuerpo" médico investiga su cuerpo. El "cuerpo médico" se inclina sobre su cuerpo. Le piden desnudeces totales y parciales. La inyectan. Le introducen sondas, le hacen lavativas. Se preocupan por el funcionamiento de sus esfínteres. La enferma describe minuciosamente cada sensación de su cuerpo, habla prolíficamente de sus ingestiones y sus evacuaciones. Es indispensable dar a conocer cada sensación de su cuerpo, para que el misterioso mal que opera sobre ella sea atrapado *in fraganti*. Exorcizado por esta vez, con montañas de medicamentos.

El médico escucha. Es su trabajo. La noche anterior la enferma tuvo espasmos. Se le acalabró un brazo, sintió un dolor punzante y extremadamente sospechoso en el dedo gordo del pie. Perdió audición. Se le nubló la vista. Experimentó un desfallecimiento similar a otro que ya tuvo quince años antes. Lo recuerda muy bien. Las enfermedades imaginarias se convierten en un currículum plagado de legiones de honor. Todos la rodean. Tres días después el mal desapareció. La enferma beatífica, recibe desde su cama de hospital, como Madame Recamier en la *chaise longue* de su salón literario. Los diagnósticos son vagos. "De todas maneras a los médicos nunca se les entiende nada". Ninguna disertación podría cautivar más a su público que la del cuerpo sufriente. "Cautivar" es la palabra exacta. Sería canalla no escucharla. La niña la mira y piensa obsesivamente en una bailarina nudista y se jura que en algún lugar, hablan de lo mismo, la bailarina y la enferma imaginaria. Las dos se ganan la vida con el cuerpo. Las dos se ganan la atención de los otros con el cuerpo.

La niña piensa que alguien secuestró el cuerpo de esa mujer, esa es la verdad verdadera, y la enferma va al hospital con la esperanza de que se lo devuelvan. Es una lucha perdida. Varios psiquiatras pasaron por allí y

dijeron a coro: "neurastenia". La niña guardó la palabra. La palabra se volvió *demodé*, un señor llegó y dijo que mejor el mal se llamara histeria.

Lola busca (un modo de) empleo

En este deseo desenfrenado de cambio de vida, Loliux se concentra en la sección de "anuncios clasificados". Nadie la convoca. Ningún iluminado escribe: "Romántico sin ataduras, busca ptósica diagnosticada y cool". "Ya la carne es lo único que importa" dice Lol, hojeando las ofertas de sexo servicio. "Busca en la sección de *ashrams* Lolette, quizá encuentres al ptósico de tu vida. Qué dulce ¿no? el más allá de la carne. Qué paz. Qué tranquilidad". "Tu vulgaridad es notable", le dijo Lola a la voz, mientras recordaba ese cuerpo dulce bajo la regadera. "Amén", que se dice y prosigue hacia las ofertas de empleo. "Se solicita secretaria", "Tornero", "Acupunturista".

Lola se afana en su intento de volverse útil para la sociedad, y para si misma. En fin, de la segunda parte no está tan segura. Su mirada se detiene en un minúsculo anuncio con letras cursivas: "De la estepa a la Tierra de Fuego. Del Sol de la Medianoche a los Mares del Sur. Gran Circo solicita con urgencia Mujer Barbada, Bailarina Exótica, y Domador Temerario". El corazón prolapso se reacomodó: "Esa es mi vocación. Vivir en un carromato de la estepa a los mares del sur". Lola desde chiquita confundió la geografía con la vocación. "¿Qué quieres ser cuando seas grande?" "Quiero ir a Roma y a París". "Pero ¿qué quieres ser?" "Una romana pasando junto al coliseo en su carrito topolino, como en *Roma mi amor*". París fue así. Lo habitó sin darse cuenta de que era una ciudad y no un oficio. Un lugar en el mapa y no un modo ser. Pero ¿acaso no era también un modo de ser?

"Tengo que correr hacia mi destino manifiesto" musitó Lola. "Es hora de tomar la vida en serio. El toro por los cuernos. Qué sé yo, realizar esas acciones que construyen ciudadanías ejemplares". El glamoroso oficio de la cirquería. En el camino, tembló de pensar que el director podría ya haber contratado a una mujer más barbada que ella, más exótica, más domadora y temeraria. Oficinas desiertas. Un señor de bigote engomado la miró displicente. Parecía que la mitad de su cuerpo estaba hecha de escritorio: "Usted seguro no viene por el puesto de bailarina exótica" asestó el individuo. "No", respondió Lola ligeramente humillada. "¿Debo suponer que es una dominadora de leones?". "No" "Debo imaginar que es la más peluda de este mundo y hoy anda rasurada". "Nada más de las piernas" contestó la solicitante bien solícita. "¿Qué debo deducir entonces?" inquirió bigotito irritado. "Ando ptósica y desempleada".

El director entendió. Es un fanático de María Moliner. "El circo no es un espacio para laxitudes ni musculares, ni existenciales. Aquí se vive al día ¿entiende? La vida tiene que ser consistente. El circo se llena o no se llena. La trapecionista alcanza o no a tiempo el trapecio que se le ofrece. El domador negocia o no, en una mirada la gracia del rey de la selva". "Quiero alcanzar el trapecio que se me ofrece" respondió Lola. "Y ¿usted qué sabe hacer?" preguntó el hombre-escritorio. Lola declamó a Sabines. El director bostezó. "Necesito un espectáculo". Lola dijo que había leído detenidamente a Master y Johnsons y el informe Kinsey. Un poquito a Cortázar. Un poquito a Joyce. Un poquito a Freud. Que era feminista desde la infancia, inspirada en los alientos justicieros de Borola Burrón, que tenía unos rollitos reflexionados con respecto al orgasmo clitoridiano y al punto G y que podía redactar los textos del circo, si no eran demasiado exigentes con la puntuación. "Además soy una incestuosa" dijo, aunque no estaba segura si esos son el tipo de datos que ofrecen un contenido curricular de tinte circence.

"En el circo, nosotros somos los textos. El cuerpo escribe. No hay palabras. El movimiento escribe. Sin titubeo y sin desperdicio. Su palabrerío no nos sirve. Los rumores de incesto en los mundos cerrados de las familias del circo solían ser parte de la magia de las carpas. En su momento fue parte de nuestra mitología, pero cuando los psicoanalizados comenzaron a invadir los trapecios y los palcos, tuvimos que renunciar. Cualquier hijo de vecina se declara ahora edípico. El incesto perdió su glamour. "¿Usted qué sabe hacer?", insistió. Lola dijo: "Me obsesiona el deseo de percibir a las personas. A veces las percibo". "Eso no es un oficio". "Me imagino que no". Lola cruzó la pierna como si ese gesto la colocara en la dimensión de una visita prolongadísima. El bigotito se estremeció nada más de suponer que aquello iba para largo. "Puedo convulsionarme hasta perder el conocimiento, como histérica de Charcot". "No conozco ese circo ¿es de cuántas pistas?". "Son como los Atayde, pero en Francia. Herederos de la tradición de las grandes contorsionistas decimonónicas". "Inténtelo. Si por lo menos fuera usted exótica o barbada".

Lola se descalza

Durante meses, Lola la que corre leyó el presente, el pasado y el futuro de cientos de creyentes, en el fondo de una bola de cristal. Seguía igual de analfabeta con respecto a lo suyo. Se acostumbró a su falda larga y a andar descalza. Su identidad parecía resuelta. Se descubrió ancestros rumanos, en los árboles genealógicos más lustrosos de la gitanería. "¿Los Drácula?

Los conocemos de lejos, pero no estamos emparentados". Se encariñó con la clientela y con su ilusión de ganarle el paso al futuro, se encariñó muchísimo con la *troupe*. No permanecían en una ciudad más de una semana. No es que ella en lo personal anduviera en fuga. La trashumancia era parte del contrato. "Necesito atravesar un umbral". Atravesó infinidad de fronteras y El Umbral no llegaba. Se rizo los cabellos. Fue una gitana pelirroja. Se enamoró de un hombre en un museo, de otro en un cementerio, y de otro en un puente. Sus amores, como su vocación, vibraban de un inquietante determinismo geográfico.

Se supo versátil. Sustituyó de emergencia a la mujer bala. Aprendió a ser domadora y temeraria. Quiso enriquecer el espectáculo con un show sado-maso de fuetes, cueros y cadenas, pero bigotito aulló que en su circo humanista, no se haría felices a las personas flagelándolas. Ya no estaba deprimida. Casi olvidó, entre el aplauso del público y las fanfarrias, que alguna vez estuvo obligada a arrojar por la ventana el cadáver de alguna esperanza suya fundamental. Su proyecto de vida estaba geográficamente resuelto. El director seguía un mapa de carreteras. "La próxima semana el puerto de Veracruz". Lola sacudía su traje de baño. "La próxima semana Upsala". Lola extendía su capa de cachemira y se calzaba. La vida era un sitio ordenado. En su carromoto, por las noches, Lola imaginaba el vuelo de ese pájaro que corría el riesgo de no distinguir.

Saltar sin presentir

Lola no había visto un hombre de cabellos tan rojos, desde la película de Tom Sawyer y Huckleberry Finn. Era muy pegadita, su malla azul. Aun sin ser una persona particularmente proclive a los malos pensamientos, se vio forzada a aceptar que la atravesaron (verbo tan metafórico) pensamientos malísimos. En desbandada "¿Y quién es —*who is he? what the hell? oh holy Christ!*— este individuo en llamas?". "Un trapecista ruso". "¿Qué idioma habla?". "Pues, ruso". Durante semanas el trapecista la miró con insistencia y en el silencio estepario de un hombre que no habla más que ruso. Lola se sintió tan estremecida (de no hablar ruso) que se sumergió en la bañera del carromoto con el diccionario en la mano, a la búsqueda de definiciones de emergencia. Invocó al doctor del inconscientómetro. "Tenía razón mi mamá, doctor. Soy una criatura del arroyo".

"¿No leyó *Mi madre, mi espejo?* así sucede. Quizá tendría que informarse más y brincar un poco menos. Pero tengo entendido que su madre le pedía que fuera la más descocada, y enfangara el apellido de su padre en los

peores arrabales, y también que fuera la más frígida, sin más cuerpo que el indispensable para desplazarse". "Sí doctor, era una criatura contradictoria. Ambas demandas, según los días". "Pues para donde se mueva la contraría, y para donde se mueva la complace. Olvídela. No puede usted seguir al servicio de una madre tan poco definida." "Tiene razón, doctor. Además es probable que ya no esté en edad. Arroyos a mí. Entonces, como le decía".

El trapecista no tenía pareja (para el trapecio) y Lola estaba agotada de remar futuros. El ruso hacía sus ejercicios en los cielos. Lola escuchó a lo lejos el canto de una balalaika, inspiración Zhivago, y dedujo que esas vibraciones lánguidas las producía él con su cuerpo. Se decidió a subir. "Para que el destino arrojero nos alcance", pensó intrépida, "siempre es conveniente darle una empujadita". Cuando iba a la mitad de su valerosa escalada, escuchó los gritos destemplados del director del circo: "Se va a matar nuestra única gitana". Se armó una escandalera. El ruso no se inmutó. Ni siquiera parecía sorprendido. Lola practicó entre murmullos: Tolstoi... Chejov... Dostoievski... Raskolnikov... Kalashnikov. Escaló entre el vértigo del aleteo de los pájaros. Durante su vida, se atuvo al llamado de las palabras. Ahora fue el silencio.

El ruso saltó. Voló de un trapecio al otro como si fuera el ángel enamorado de *Las alas del deseo*. Lola concluyó que ella sería incapaz de saltar al abismo, a menos que el sujeto alado encontrara las palabras adecuadas para ofrecerle alguna certidumbre eterna. "Habla" pensó Lola. "Por favor habla". Como si la escuchara el ruso enunció una frase breve. En ruso. "Qué absurdo, no importa lo que me diga, no tengo manera de entender ni media palabra". Extendió sus manos hacia ella. "No hay marcha atrás", aceptó Lola. "Ahí está tu ceremonia iniciática tan esperada. O este te cacha a tiempo o te desmadras".

¿Será ese el punto? No, es un milímetro antes. El viaje no depende —en principio— de la respuesta del otro. El verdadero viaje es confiar. Consideró la opción de las escaleras. "El es de Marte y yo de Venus, se me va a desoxidar la armadura, ¿qué hago si se come mi queso?". Lola flotaba entre la promesa del cielo sublime en calidad de ángela, y el pavimento cruel, en calidad de huevo estrellado. Así pasa ¿verdad? Lola a fuerza de leer futuros ilegibles, había logrado entender que más allá de las felicidades plácidas y de las esperanzas destripadas, la vida no es tal, sin sus abismos. Los amorosos. Los amistosos. Los que tienen que ver con el oficio. Con las despedidas. Con las bienvenidas. Con los entendidos y los malentendidos. Lola (la que corre) saltó para imaginarse que podría dejar de correr. Saltó y extendió sus ma-

nos. Y sus manos encontraron otras manos en el aire. Confiarse es un arte complicado y peligroso.

Es posible que Lola y el ruso hayan vivido relativamente felices *for ever*, a pesar de sus idiomas distintos. Es posible que fueran sólo amigos. Quizá nunca volvieron a coincidir. Lola confirmó la calidad biodegradable de las esperanzas. La desilusión las mata. Se esparcen en el aire. La confianza las vuelve a inventar. “Confiar es la única manera de no extraviar el vuelo del pájaro que andas buscando”, pensó Lola.

El orden de las frases ¿altera el producto?

“No hay lugar para la huída/ángel del deseo”.

Esa es una afirmación. Ni muda. Ni enhablecida. Esa es una afirmación.

“¿Cuál sería una buena vida para animales incestuosos como nosotros?”

Esa es una pregunta. Ni muda. Ni enhablecida. Esa es una pregunta ●

LAS MUJERES DE *DEBATE FEMINISTA*

LAMENTAMOS PROFUNDAMENTE EL FALLECIMIENTO DE

ESPERANZA BRITO

PIONERA DEL FEMINISMO EN MÉXICO

MÉXICO, A 16 DE AGOSTO DE 2007